

Amadísimos fieles

Presentábamos el domingo pasado la vida de Cristo como una de las pruebas evidentiísimas de su divinidad. Aun entre lo más selecto de la humanidad, aun entre esa porción escogidísima de la humanidad, entre esos poquísimos héroes, hombres virtuosos y santos que nos maravillan, Cristo sobresale como un sol refulgente que con el brillo sin mancha de sus virtudes divinas, aun hoy, dos mil años después, satura de luz nuestras almas, aun hoy, dos mil años después con sus reflejos levanta esas legiones de santos y los sostiene en su lucha diaria por imitarle.

Toda su vida, desde el principio hasta el fin es una vida de inocencia encantadora, de pureza imperturbable, de paz embriagadora, en una palabra una vida divina. Los mismos rasgos humanos de su persona - que Cristo además de Dios es hombre - sus mismas imperfecciones o como quien dice debilidades, nos presentan en Él un perfil divino.

Ese perfil divino de la persona de Cristo lo sintetizábamos, lo concretábamos, lo describíamos nosotros en dos rasgos esenciales, exclusivos de su personalidad: Ausencia de todo pecado, públicamente reconocida por sus enemigos en primer lugar, por sus enemigos que a pesar de haber vivido al acecho no encontraron en Él ningún defecto, y también por sus amigos que si es que alguna debilidad, alguna imperfección tenía, podían haberlo sorprendido y no lo sorprendieron, no debieron ver nada puramente humano y natural cuando a pesar de ser testigos de sus debilidades, de su hora de supremo abandono le tuvieron por Dios, le confesaron por Dios, le creyeron Dios y le esperaron como a Dios y se mantuvieron fieles a su creencia.

El segundo rasgo marcadísimo de ese perfil divino que Cristo nos ofrece, es la plenitud de todas las virtudes. Plenitud de virtudes....y aquí el silencio puede ser más elocuente que la lengua del más elocuente orador, porque por el silencio podemos demostrar nuestra estupefacción, nuestra admiración causada por la grandeza sobrehumana, divina de Cristo, mientras que por nuestras propias lenguas corremos siempre el peligro de en vez de hacer el retrato, hacer una caricatura ridícula de sus virtudes. No hay lengua humana capaz de describir su grandeza, su hermosura como no ha habido pincel ni mano de artista que no se haya sentido impotente al hacer el retrato de su fisonomía física. Cuéntase de Leonardo de Vinci.... *Pero non potui habere speciem suam in fine dicitur* No puedo, pues, pretender hacer un retrato moral de Cristo. Yo únicamente os haré su presentación, mejor dicho cogeré en mis manos el Evangelio para leeros la sublime presentación, la conmovedora presentación que de su propia persona hace Cristo. Pero vosotros, mis queridos fieles, vais a reproducir en vuestra imaginación esta escena para que la gustéis, la rumieis, que estas escenas siempre brotan manantiales de luz y de alegría para las almas cuando estas no miran impasiblemente a la persona de Cristo.

Quién es o qué es ese que se pasa entre los hombres haciendo el bien por doquier? Él os lo dirá.